

ANTECEDENTES

PARA LA INTELIGENCIA DE LA

CUESTIÓN DE ORIENTE

ANTECEDENTES

PARA LA INTELIGENCIA DE LA CUESTION DE ORIENTE

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN «EL PILOTO»

(1839)

I

El mundo presenta hoy día un espectáculo único en la Historia. Nosotros asistimos al término de la lucha entre el Oriente y el Occidente, lucha que tuvo su principio con el linaje humano, que se ha mantenido viva durante la prolongación de todas las edades, que ha tenido por teatro todas las zonas y todas las regiones, y que parecía que no había de tener fin sino con la consumación de los tiempos. Hoy asistimos al desenlace del drama prodigioso que comenzó con el hombre y con el mundo; su teatro ha sido tan ancho como la tierra, sus actores tan varios como los Imperios, y su duración tan grande como la duración de los siglos.

Apenas se divisa en el horizonte el primer albor de la Historia, cuando ya vienen á las manos el Occidente y el Oriente, la Europa y el Asia. El Asia está representada por la ciudad de Troya, último refugio de los antiquísimos pelasgos, raza perseguida por la cólera del cielo, y sobre la que debía pesar una maldición terrible, puesto que, habiendo dejado en todas partes rastro de sí en sus fábricas ciclópeas, apenas ocupaban un punto en el espacio cuando se escribieron las primeras pá-

ginas de las primeras Historias. Troya era la última de sus ciudades; Héctor, el último de sus héroes; Príamo, el último de sus Reyes. La Europa estaba representada por los antiguos helenos. Agamenón era el primero de sus Reyes, y Aquiles el primero de sus héroes. La Europa tomó posesión de las riberas del Asia, y la famosa ciudad refugio de los pelasgos vió prostrada su soberbia, allanados sus muros, abatidos sus héroes, huérfanas sus vírgenes, viudas sus matronas, y hasta sus cenizas entregadas por el vencedor á la merced de todos los vientos del cielo. Así la guerra entre el Occidente y el Oriente, que se ha prolongado hasta nosotros, tuvo su origen en las liviandades de una mujer hermosa, por cuya posesión combatieron una raza maldita y un pueblo de piratas. Esa raza y ese pueblo creían que peleaban en su propio nombre por la posesión de una mujer, y peleaban, en nombre del Oriente y del Occidente, por el cetro de la civilización y por el dominio del mundo. El hombre se mueve, pero sólo Dios sabe por qué se mueve y adónde va, puesto que nunca se mueve sino para cumplir sus designios.

Después de la guerra de Troya hay una larga tregua; durante esa tregua, la Europa y el Asia, el Occidente y el Oriente, son el teatro de grandes mudanzas y trastornos. La Grecia alcanza su unidad por medio de las leyes; el Asia, por medio de las conquistas. La segunda se constituye una por medio de la unidad material del territorio. La primera, por medio de la unidad de sus instituciones. Los asiáticos buscan el poder en el volumen, los griegos en la inteligencia; por esta razón la Grecia pide su unidad á sus legisladores, á sus poetas y á sus filósofos, y el Asia á sus grandes capitanes.

Homero funda la nacionalidad helénica cantando sus divinos orígenes en una lengua divina, y escribiendo en un libro de oro los anales y las glorias de los antiguos helenos. Los legisladores vienen después, y les enseñan que la libertad, bajada del cielo para consuelo del hombre y para regocijo del mundo, es hermana de la gloria. Los griegos saben ya que es una cosa

bella y dulce morir cuando se muere por la libertad y por la gloria de su Patria.

Ciro funda la unidad del Oriente. Persa de nación, siendo la Persia ignorada de los hombres y sujeta al yugo de los medos, quiso poner á sus pies el Cetro del Asia. A su vista retroceden los señores del Asia Menor, y se replegan las bárbaras muchedumbres de los asirios, dominadores del Oriente. Una sola batalla le abre las puertas de Babilonia, silla de tan poderoso Imperio, desde que en tiempos anteriores fueron igualados con la tierra los muros de la gigantesca ciudad, donde se había levantado el trono de Nino y de Semíramis, y ante la que se postró todo el Oriente, adorándola con el nombre de Nínive.

Así se formó el grande Imperio oriental, llamado de los persas, en el que fueron á abismarse, como los ríos en el Océano, todos los otros Imperios. Constituída la unidad del Oriente, el Oriente recordó sus querellas antiguas con los hombres del Occidente, y la muerte de Héctor, y el infortunio de Príamo, y los lamentos de Hécuba, y el incendio de Troya. Jerjes oprime el Helesponto con sus naves, y señor del Oriente, presenta al Occidente su memorial de agravios, y quiere que le rinda feudo y tributo. Pero un grito sublime de indignación se levanta en las playas sonoras de la Grecia contra el bárbaro jactancioso que amenazaba á la tierra y que azotaba á los mares; y la fortuna, fiel á los griegos contra Príamo en los campos de Troya, les fué fiel contra Jerjes en el mar de Salamina.

Ben mi sovvien. che il temerario Serse
Cercò del'Asia colla destra armata
Sul formidabil ponte
Dell'Europa aferrar la man tremante;
Ma sul gran dì delle betaglie il giunsi,
E colle straggi delle turbe perse,
Tingendo al mar di Salamina il volto,
Che ancor s'ammira sanguinoso e bruno,
Io vendicai l'insulto
Fatto sull'Hellesponto al gran Nettuno¹.

¹ Oda á la Fortuna, de Alejandro Guidi.

A esta época gloriosa para los griegos, se sigue una época de descomposición social; descomposición que había de preceder á una organización más poderosa, á una unidad más terrible. La unidad democrática debía descomponerse si el Occidente, no satisfecho con rechazar al Oriente, quería abrirse paso un día por sus fabulosas regiones y fijar sus tiendas en sus dilatados dominios. Entonces sucedió que los griegos volvieron contra sí sus armas fratricidas. Esparta vino sobre Atenas, y su turbulenta democracia se postró ante sus treinta tiranos. Tebas vino sobre Esparta, y la ciudad de Licurgo vió por la vez primera vencidos á sus hijos, y pálidas de espanto á sus mujeres. Poco tiempo después vino Alejandro sobre Tebas, y dejó huérfana, desnuda y solitaria, sin sus muros y sus gentes, á la ciudad de Epaminondas. La nueva unidad del Occidente sale entonces del seno mismo de esa desorganización social. El Occidente había sido representado por un pueblo; llegado el día de lanzarse sobre el Oriente, como el águila sobre su presa, será representado por un hombre. El Occidente había sido la Grecia; el Occidente es Alejandro. Hay un espectáculo más grande que el de un pueblo vencedor de otro pueblo, y es el espectáculo de un hombre cuya espada alcanza á los polos, cuyos hombros llevan el mundo.

Alejandro es el tipo inmortal de todos los conquistadores y de todos los héroes. En su persona se advierte la fisonomía de los más grandes capitanes de la Europa y de los más célebres conquistadores del Asia. Alejandro es el único hombre que reúne en sí todo lo que la civilización tiene de grandioso, y todo lo que tiene de gigantesco la barbarie.

Siendo niño, conversaba orillas del Strimón con Aristóteles sobre las victorias de Aquiles, sobre el incendio de Troya y sobre los cantos de Homero. Así, el más grande de todos los filósofos y el primero entre todos los capitanes conversaban sobre el más grande de todos los poetas, y meditaban con él sobre los trastornos de los Imperios y sobre las mudanzas de la suerte. Vencedor de Tebas, respetó la casa y la familia de Pindaro.

Habiendo atravesado el Helesponto, antes de conquistar el Asia visitó las silenciosas ruinas de Illón, derramó flores sobre el sepulcro de Aquiles, le envidió la suerte de haber tenido un cantor como Homero y un amigo como Patroclo, y para aplacar los manes de Príamo derramó lágrimas sobre las ruinas de Troya, conmovido con el recuerdo de sus grandes infortunios. Véase aquí el capitán, modelo de todos los capitanes; el tipo del guerrero civilizador, el conquistador grande, piadoso y clemente. Después de haber visitado á Troya, pasa á Granico y se apodera del centro del Asia en tres batallas campales. Suyas son Persépolis y Babilonia, y su colosal imperio se dilata hasta la India. Habiendo llegado á una altura adonde jamás habían llegado los hombres, su vista se turba, su pie resbala, y un vértigo se apodera de su frente. Después de haberse embriagado con la pompa, se embriaga con el vino. El que sujetó á la tierra, no puede sujetarse á sí propio. De clemente se hace cruel. El héroe invicto se convierte en odioso tirano. Como todos los tiranos, pone un oído atento á lúgubres profecías, y el que no se estremeció jamás se siente estremecido con vanos terrores. Para disipar su terror hace derramar la sangre de los suyos, y se olvida después de la sangre derramada en crapulosos festines. Véase ahí el tipo de los conquistadores bárbaros, para quienes es sublime todo lo que es gigantesco, y para quienes es una misma cosa la extravagancia y la grandeza.

La época de Alejandro es notable, porque vencida el Asia por la Europa, obedecen á un mismo señor por primera vez el Oriente y el Occidente. Pero esa unión, obra de un hombre, debía concluir con ese hombre; obra de un momento, debía acabar en un día. A la muerte de Alejandro, sus Generales se reparten sus despojos; la más grande confusión sucede á la unidad más prodigiosa. *Uti quisque fortior esset, Asiam veluti praedam occupabat.* Antes de Alejandro, la Grecia era una, el Oriente era uno. En tiempo de Alejandro, una unidad más poderosa abarca en su seno esas dos grandes unidades. Des-

pués de Alejandro, la unidad, que era obra suya, deja de existir, y las antiguas unidades habían existido. Ni la Grecia ni el Asia tienen una existencia individual; una y otra son víctimas de grandes estremecimientos y de grandes trastornos. ¿Quién restablecerá la unidad perdida? ¿Quién salvará al mundo del caos?

No pudiendo ser continuada la obra de Alejandro por un hombre, es continuada por un pueblo que había crecido lenta y silenciosamente ignorado del mundo, y á quien antiguas profecías contemporáneas de los siglos fabulosos habían dado la dominación de la tierra; ese pueblo era el pueblo romano, el más grande entre todos los pueblos, como Alejandro había sido el más grande entre todos los hombres. La historia de sus acciones debe llamarse la historia de sus prodigios.

II

Toda sociedad fundada sobre un principio falso, perece por la acción de ese mismo principio. La unidad del Oriente, obra de sus capitanes, reposaba en el principio de la fuerza; la unidad del Occidente, obra de sus legisladores y de sus filósofos, reposaba en el principio de sus instituciones y sus leyes. Esas dos unidades se descompusieron á la muerte de Alejandro, porque el Oriente, huérfano del Gran Capitán, fué presa de capitanes ambiciosos; y el Occidente, huérfano de sus filósofos inmortales y de sus grandes legisladores, estaba entregado á la merced de miserables sofistas. El Oriente quería avasallar al mundo en nombre de su poder; el Occidente en nombre de su ingenio. El Occidente perdió el Cetro del mundo por el abuso de su ingenio, y el Oriente por el abuso de su fuerza. Entonces sucedió que el colosal Imperio de Alejandro, quebrantada su unidad, se dividió en numerosos fragmentos. Entonces hubo un Reino de Macedonia y un Reino de Armenia, y un Reino de Capadocia, y un Reino del Ponto, y un Reino de Pérgamo, y un Reino de Bitinia. Los más poderosos entre los que á la sazón

florecieron fueron el Reino de Egipto, fundado por Ptolomeo, hijo de Lago, de donde vienen los lagidas, y el Reino de Siria, fundado por Seleuco, de donde vienen los seleucidas. En cuanto á los griegos, esclavos desde el tiempo de Filipo de los Reyes de Macedonia, sólo conservaban un vano recuerdo y una vana sombra de su pasada libertad en la última y más gloriosa de todas sus confederaciones, en la confederación aquea.

Mientras que la Grecia y el Oriente estaban acometidos de una descomposición social, Roma ponía término á su laboriosa empresa de la conquista de Italia; cuatrocientos ochenta años de esfuerzos y de afanes costó su posesión á Roma, que había de dominar al mundo desde sus siete colinas. La duración de la vida se mide por la duración de la infancia, y no es mucho que se prolongara la infancia de una ciudad que había de conquistar con el sudor de su frente un altísimo renombre, y á quien los mismos pueblos por ella debelados, dudosos de que fueran brazos mortales los que sostenían por tantos siglos el peso de todo el orbe, habían de llamar eterna. En este tiempo, Cartago, colonia de asiáticos, asentada desde tiempos antiguos en las costas del Africa, llevaba, como la ciudad famosa de Oriente que había sido su metrópoli, el cetro de los mares. Roma, la nueva metrópoli del Occidente, se encontró en presencia de la antigua colonia del Asia. Su lucha fué una lucha de gigantes. Vencida Cartago en la Cerdeña y la Sicilia, envía al más grande de sus hijos para que buscase á Roma en Roma. Aníbal la busca y la vence. La ciudad vencida imita tan alto ejemplo, y con sus heridas abiertas, llevada por Escipión, pide al Africa cuenta de las victorias conseguidas por el capitán africano. Aníbal es vencido por Escipión, y la colonia del Asia rinde parias y tributo á la metrópoli del Occidente. El ilustre vencido discurre por las más distantes regiones, concitando á los pueblos y á los Reyes contra Roma. Su voz es escuchada del Oriente, que, al descubrir en Roma la metrópoli de los pueblos occidentales, se ve asaltado de enojosos recuerdos que refrescan la memoria de sus pasados infortunios, y que hacen brotar

en él los mal extinguidos odios y los envejecidos rencores que tuvieron su origen en terribles agravios.

La cuestión del Oriente y del Occidente vuelve á presentarse de nuevo. Antíoco *el Grande*, Rey de Siria, vuelve sus armas contra Roma. Pero Roma, señora pacífica á la sazón de Italia, de la Cerdeña, de la Sicilia y de Corfú; vencedora de los cartagineses, de los iberos y de los macedonios, y señora, por su protectorado, de la Grecia, era ya una especie de mar que, dilatándose por todas las regiones, no parecía sino que no podía tener más límites que los remates del mundo. Antíoco es vencido por las legiones romanas, que poco después echaron por tierra á un mismo tiempo, como para significar que Roma quería abatir con un solo golpe á quienes mereciesen ser sus rivales, las ilustres murallas de Cartago y las gloriosas de Corinto.

Pero apenas había entrado Roma en pacífica posesión del Oriente, cuando Mitrídates, Rey del Ponto, y Aníbal del Asia, la salió al paso para disputarla su presa. A su voz se conmovieron, no sólo las poblaciones asiáticas mal avenidas con el yugo del Occidente, sino también las muchedumbres sármatas, escitas y las que vagaban por las riberas del Tanais y del Danubio. Desde que Aníbal, vencedor en Cannas, se presentó ante sus puertas, jamás habían venido días tan tristes y nebulosos sobre Roma. Todo el Oriente se alistó bajo las gloriosas banderas de Mitrídates. Los pueblos le dieron los nombres de Padre, Vencedor y Rey; y no encontrando en la historia un nombre con que comparar el suyo, le buscaron en la fábula y le compararon con Baco, padre de la civilización y conquistador de la India. Mitrídates fué declarado enemigo del pueblo romano, que, ocupado á la sazón en la guerra social y exhausto de recursos, echó mano de los objetos preciosos consagrados por Numa en los templos de los dioses para subvenir á los gastos de la guerra que iba á sostener contra el Rey bárbaro del Ponto por sus posesiones del Oriente. Entretanto Mitrídates, bárbaramente feróz, decretó la muerte de todos los roma-

nos de las ciudades griegas del Asia, cuya sentencia fué ejecutada por los naturales del país en un mismo día y en una misma hora, pasando de cien mil las víctimas que cayeron al impetu de las pasiones populares. El Senado confió á Sila la guarda de su gloria, que padecía á la sazón uno de los más grandes de todos los eclipses. De esta manera el hombre más grande del Occidente iba á medir sus armas con el hombre más grande del Oriente, y á resolver la cuestión de la dominación universal, siempre fijada y nunca resuelta. Los campos de Queronea fueron testigos del triunfo de Roma sobre las muchedumbres del Oriente. Esos mismos campos habían sido testigos dos siglos antes del triunfo de los macedonios, y ancho sepulcro de la libertad y de la independencia de los griegos.

Obligado Mitrídates á aceptar la paz, la paz no le sirvió sino para aprestarse á la guerra. No contento con lanzar todos los pueblos del Oriente sobre Roma, el bárbaro ilustre paseó su vista por el mundo desde Ponto para descubrir todos los enemigos del pueblo romano aun en lo interior de las más apartadas regiones. Sertorio, que guerreaba en la península ibérica, hacía armas á la sazón contra la República, mal avenido con la omnipotencia de Pompeyo. El Rey del Oriente entró en tratos y alianza con el rebelde del Occidente, y entrambos, unidos por el odio, juraron el exterminio de Roma. Después de estos tratos, vino la guerra; Mitrídates hizo marchar delante de sí á los armenios, á los habitantes del Cáucaso y á los escitas del Asia. Vencidas por Lúculo sus indisciplinadas muchedumbres, perdió todas sus conquistas y hasta sus propios Estados. Vuelto en sí de tantos desastres, y haciéndose superior á los reveses de la fortuna y á su inexorable destino, volvió á poner en tela de juicio la cuestión del Oriente y á implorar un nuevo fallo del Dios de las batallas. Esta vez salió airoso de su empeño: sus esfuerzos fueron coronados con señaladas victorias. El Ponto volvió á entrar sobre su yugo, y vencedor de Lúculo y de Glarrión, Generales de la República, recobró de sus manos todas sus conquistas, y aun dilató sus fronteras. Cansada Roma